

NO LE LLAMES NOSTÁLGICO

Todas las mañanas que me levantaba lo hacía con el mismo sonido: una guitarra. En el bloque de pisos de la esquina vivía un músico. Sus horas de inspiración parecían ser aquellas primeras luces del día. El alargaba sus noches hasta que estaba lo suficientemente cansado como para no tocar ni una sola cuerda más y se iba a dormir con un cúmulo de notas en su cabeza que iría retocando con el tiempo.

Había estado vagando de ciudad en ciudad haciendo lo que más le gustaba: tocar su guitarra. Hasta que se trasladó a una calle estrecha, adoquinada y muy tranquila. Sufrió una esquizofrenia desde que era pequeño y es que sus progenitores le enseñaron que la música como se debía escuchar era en formato vinilo. Así que cada vez que se trasladaba de un sitio a otro lo hacía con su tocadiscos, su colección de vinilos y su guitarra.

Ahora su enfermedad se había agravado y es que con el desarrollo de las nuevas tecnologías comprar a sus artistas favoritos con el formato indispensable se hacía casi imposible. Se volvía loco buscando tiendas especializadas y cuando las encontraba muchas veces no tenían el producto deseado. Volvía a casa a tomarse su medicina: abría la caja de plástico transparente que cubría el tocadiscos, buscaba entre las cajas esparcidas por la habitación un vinilo cualquiera, metía los dedos sintiendo el tacto del plástico y lo iba sacando del envoltorio de cartón para luego ponerlo sobre el plato y con sus dedos deslizar el brazo del aparato hasta que la música empezaba a sonar. Lo mejor de todo es que este medicamento no tenía efectos secundarios.

Había días que engañaba a su cuerpo con la guitarra en la mano y se iba a cualquier local que lo contratara a tocar algunas de sus canciones o si la suerte no había estado de su lado lo podías encontrar en la plaza de la ciudad o en cualquier calle atestada de gente con un trozo de madera bien afinada entre sus brazos y esperando que alguien se parara en seco al escuchar la melodía y una pequeña sonrisa apareciera en su cara.

Pasó mucho tiempo así hasta que un día en un local casi vacío, lleno de humo y con algún que otro borracho en la barra haciendo más ruido de la cuenta, le hicieron la primera proposición: grabar un disco.

Se lo pensó bastante tiempo porque temía perder su autonomía, pero era lo que había deseado desde que su padre le dejó encima de la cama el día de su cumpleaños la guitarra que tantas tardes había visto en el mostrador de aquella tienda cuando salía del colegio.

Tanto su madre como su padre sentían un cariño especial por la música y su hijo no heredaría los ojos azules de su madre o el atractivo de su padre pero sí que al igual que ellos necesitaba de la música para poder sobrevivir.

Al mes entraba en un estudio de grabación después de haber elegido entre todas sus canciones únicamente diez. Durante unos días vivió la mayor parte de la jornada encerrado con un grupo de gente que le dejaron libertad para plasmar su idea. Más tarde llegaría la sesión de fotos para buscar la portada perfecta. Una vez terminado el proceso donde él era el protagonista, tocaba esperar.

Al tiempo recibió una llamada del productor y le confirmó la fecha de salida de su disco: trece de noviembre, el mismo día que nació su padre. Quedaba una semana y aplacaba su abatimiento con su única medicina: el tocadiscos y sus vinilos.

No había dormido, así que el día doce de noviembre se confundía con el trece. A primera hora de la mañana recibió una llamada: su disco ya estaba a la venta. Cogió su abrigo y salió de su apartamento para ser el primero en comprarlo. Cuando llegó a la tienda comprobó que sólo existía en formato CD.

Decidió que ese día se recordaría por ser el cumpleaños de su padre, la publicación de su primer disco y su muerte.